

El debate sobre la historia reciente

Señor director:

Sin sorpresa, pero con molestia, he visto que algún dirigente político de partido tradicional reaccionó contra un material con el que el Codicen instruye a los profesores sobre el contenido de próximas clases de historia. Se trata de la historia reciente, pero a mí me da la impresión de que ya es la "muy reciente", es decir, aquella que transcurre después de la dictadura y narra los hechos de los cuatro gobiernos democráticos que antecedieron al actual. Mi molestia no surgió por la actitud de ese operador, que tiene todo el derecho del mundo a poner los puntos sobre las íes si entiende que la actitud oficial perjudica el recuerdo o el juicio sobre hechos que le son bastante cercanos. Me perturba el hecho de que el debate sobre los contenidos de la historia *reciente* permanece sin solución y, lo que es peor, que los uruguayos seguimos dando vueltas a la noria sin siquiera ponernos de acuerdo sobre el concepto de laicidad. Intuyo que, por desgracia, el punto quedará irresuelto para siempre, porque lo que en realidad existe es el afán de cada uno de validar su propia versión en vez de admitir que la verdadera laicidad es el relato aséptico de los hechos y la cita de las distintas opiniones que se vertieron en cada momento histórico para explicar decisiones o actos. Dejemos que los estudiantes saquen sus conclusiones.

Pienso que con un esfuerzo intelectual honesto es posible dar una versión de la historia colocada por encima de las pasiones generadas por cada una de las posiciones. No comparto necesariamente el concepto de que "esto todavía está muy fresco como para tratarlo" y que sería adecuado, por lo menos, detenerse en 1950 hasta que el tiempo avance más en su tarea de decantación. Creo que es posible escribir "el" libro de historia, válido para todas las maneras de pensar, siempre que este, como digo, no opine por sí mismo sino que transcriba, cite y ew> que. Sería, en otras palabras, la aproximación a una crónica periodística. ¡ El meollo de la cuestión es que, de puro apasionados, los uruguayos nos vamos de un extremo al otro. Estoy de acuerdo en que no se debe impartir la historia sesgada que armó el gobierno -que no lo es tanto como dice la oposición según pude apreciar en las clases impartidas por Canal 5 hace poco-, pero tam-j poco deberíamos volver a la vieja historieta rosada que nos había convertido! en el país de cíclopes ante el que todo el mundo quedó boca abajo. No podemos reconfigurar la historia edulcorada y triunfalista de los viejos textos ni partir siempre de la idea de que nuestro orden social es el más benigno del mundo y que, como tal, no necesita ningún retoque porque de ello, gracias a Dios, se encargaron los gobernantes que lo hicieron grande, digno y justo. Porque vamos a entendemos: esta última es una visión tan sesgada como la que el gobierno quiere implantar para que los jóvenes salgan de la ignorancia de lo que ocurrió entre el 70 y la actualidad. El resultado será que seguirán tan ignorantes como antes, pero añadido: entre una historia sesgada hacia la izquierda y otra sesgada hacia la derecha, ¿con cuál tenemos que quedamos? ¿En qué es una mejor que la otra? Creo que aquí está, señor director, la clave: convoquen a verdaderos profesionales de la redacción para que, asesorados por los maestros, escriban la auténtica historia laica y este severo problema -que no es de discrepancias, sino de deseos de armar mucho ruido- quede de una vez por todas en el arcón de los recuerdos.

Asdrúbal F. Guerrero